

La pandemia, sujeción y la penetración líquida del poder. *Propuesta de una comprensión y salida desde las potencialidades queer y la afectividad*

Florencia Di Giorgio¹⁷

Los efectos del virus covid-19 sobre este nuevo “mundo pandémico” serán analizados desde hoy y en los años venideros desde las múltiples aristas que de él emanan. Dado que todo, la vida y la no-vida, está siendo afectadas por los cambios producidos por este virus que, además de amenazar a la humanidad, nos sirve de espejo para dar cuenta de nuestro habitar el mundo reproduciendo las (*tanato*)actividades del sistema capitalista.

Una especie de “sociedad soberana” como describe Michel Foucault en *Historia de la Sexualidad* (1976) que se erigía sobre la vida de los individuos bajo la lógica del “hacer morir” en el siglo XVI, hoy se cierne sobre todos los animales no humanos y el medio ambiente que nos rodea. Cada actividad dentro de este sistema es un gobierno sobre la vida que no pretende “hacer vivir y dejar morir” (como en las sociedades disciplinarias) sino que directamente aniquila: a nuestra flora, nuestra fauna, nuestros océanos, oxígeno, etc.

No podemos considerar entonces que una pandemia nos toma con absoluta sorpresa cuando nuestro camino era (y es) el de la destrucción. Y cuando digo nosotros me refiero a las grandes empresas, los grandes capitales, los Estados cómplices y agentes. Dado que me niego a la generalización cuando individuos, y colectivos luchan para generar algún cambio.

Pero, parafraseando nuevamente al filósofo francés que resulta ser sustentáculo de estos argumentos, no hay por afuera del poder (2014). El poder es un flujo relacional en el que las distribuciones y lógicas de los dispositivos que lo soportan pueden cambiar, pero siempre una hegemonía (tal vez más vivible, tal vez no) se impone sobre la vida.

Estas reflexiones, son el producto de una subjetividad condicionada y puesta a prueba por el aislamiento, la extrañeza, la desidentificación, etc. Pero son también una declaración política desde una postura feminista interseccional, decolonial y ecológica de la vida, que ve al virus como un dispositivo político del biopoder, chivo expiatorio del control, catalizador de nuestras vulnerabilidades, y profundizador de la precariedad.

Por eso pretendo comenzar a reflexionar con algo que ya no es novedad en estos meses que llevamos acorraldxs. Me refiero a la evidencia de la nueva etapa de las sociedades de control en la que vivimos, y que ya auguraban autores como Gilles Deleuze reinterpretando a Foucault, William Burroughs, Mauricio Lazaratto, Antonio Negri, entre otros para, a partir de esto, pensar a la pandemia como dispositivo global de control de nuestros cuerpos y subjetividades, molde de nuestros sentidos, pasiones, necesidades, prioridades, y medio para la vigilia permanente, aunque no por eso incisiva, de nuestros movimientos.

No obstante, considero que se produce un trenzado entre las prácticas de aquella sociedad disciplinaria productora de individualidades sujetadas y masas contenidas mediante el encierro y la codificación

17 Licenciada en Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UCALP) y Maestranda en Estudios y Políticas de Género (UNTREF). Es integrante del Centro de Estudios de Géneros y Relaciones Internacionales (IRI-UNLP) y del Laboratorio de Políticas Públicas hacia la Cuestión Malvinas (FCJyS-UNLP). Militante feminista interseccional. Contacto: djgiorgioflores@gmail.com

(Foucault, 2007), y la lógica de las sociedades de control cuya dominación se cierne de manera más fluida, mediante las tecnologías y la información (Deleuze, 1991).

“Escaparemos” del callejón de pesimismo que esto produce sabernos parte de la maquinaria de poder, apelando a conceptos como la vulnerabilidad y la cohabitación concebidos por Judith Butler (2010, 2017), y la empatía como ética relacional y política afectiva.

SOCIEDADES DE CONTROL – SUJETO PANDÉMICO

Para comenzar quisiera retomar las descripciones de Foucault sobre la gestión de las pandemias durante las sociedades soberanas, por un lado, y las sociedades disciplinarias, por el otro, que realiza en sus clases de 1975 y luego se recuperan en el libro *Los anormales* (1975); complementando esto con “Posdata sobre las sociedades de control” (1991) de Deleuze para emprender una aproximación (tal vez trillada a esta altura) sobre la pandemia actual.

Como sabemos, Deleuze detecta que en el momento en que Foucault se encontraba elaborando su teoría del poder de los siglos XVII a XX, identificando el nacimiento de las sociedades disciplinarias, ocurren en simultáneo los albores de aquella sociedad de control que también vamos a pensar en sintonía con el régimen farmacopornográfico de Paul Preciado (2008).

Diego Galeano, citado por Pablo Esteban Rodríguez, (2008) enuncia que las sociedades de control son “maquinarias de producción de miedos y de dispositivos para enfrentarlos” a lo que Rodríguez añade que “la inseguridad en las calles, el narcotráfico, el terrorismo, entre otros, son emergencias de este gobierno del miedo que... excede el mero temor” (2008, p.3). A esto sumaré, claramente, el miedo que causa una pandemia en un mundo interconectado como el nuestro en donde la amenaza no es sólo el virus en sí mismo sino también la destrucción/paralización de las actividades que forman parte de nuestra subjetividad individual y colectiva, y nos sirven como sustento para la vida.

En *Los Anormales* (2000) se explica cómo en los inicios del siglo XVIII se recupera un tipo de administración de la pandemia que se basa en la inclusión y control extendido sobre los contagiados. Es decir, de un poder excluyente que “hacia morir”, se pasa a otro que penetra en la vida.

Nos dice, y aquí lo parafraseo, que ante la peste se aislaba la “ciudad”, se lo hacía objeto de análisis pormenorizado, en cada calle había vigilantes, todo debía registrarse, todxs quienes estuvieran dentro debían dar sus nombres para quedar asentadxs, se clasificaba a las personas entre quienes estaban enfermas o no y los inspectores pasaban todos los días casa por casa a realizar los chequeos correspondientes. “No se trata de exclusión, se trata de cuarentena” (Foucault, 2000, p.53) en donde el poder se ejerce de manera continua.

Para entender lo que sucede en 2020 debemos agregar una pieza fundamental, y me refiero a la impronta tecnocrática de nuestro propio proceso, a la proyección del “poder tecnoadministrativo” en donde la información se transforma en un dispositivo clave, donde intervienen los sueros intravenosos¹⁸, las *apps* de control y seguimiento de les infectadxs (coercionado bajo los parámetros de la legalidad, el miedo y el discurso de la excepción).

¿Esto está bien? ¿Está mal? No es lo que pretendo dilucidar en estas palabras. Sólo interpretar el avance de un poder que penetra por los canales de nuestra sociedad como una sustancia líquida.

18 Para seguir a Preciado en *Testo Yonqui* (2008) y la idea de que nuestros cuerpos son ya cuerpos atravesados por la tecnología de manera directa, esta es parte de nuestro sistema corporal interno y por lo tanto de nuestra subjetividad.

Los diarios internacionales titulan el proceso del país donde se originó esta pandemia, la República Popular China, como un paradigma tan “efectivo como polémico”, un artículo de la BBC comienza sus líneas diciendo:

El gobierno chino ha usado herramientas tecnológicas innovadoras y polémicas, como el rastreo de teléfonos. Y otros países empiezan a mirar a soluciones similares. Hay robots repartiendo la comida en los hospitales, cámaras de reconocimiento facial que controlan la temperatura de las personas, y hasta drones que vigilan que la gente cumpla con la cuarentena. (20 de abril de 2020).

Si bien hoy la pandemia nos ha obligado a permanecer encerradxs para evitar la propagación del virus, el encierro es parte del paradigma de control que se cierne sobre nosotrxs cuya lógica es diferente al encierro disciplinario donde pasábamos de una institución a otra (familia, escuela, universidad, trabajo, tal vez cárcel, tal vez instituciones de salud mental, etc.) que servían para disciplinar nuestros cuerpos y subjetividades.

En cambio, la fluidez del poder en las sociedades del control, permiten una vigilancia permanente a través de las máquinas que se han vuelto indispensables para nuestra vida y, hoy, sirven de soporte (al que damos asentimiento voluntario) para el control gubernamental de nuestras temperaturas, ubicaciones y pensamientos.

China tal vez es el ejemplo más extremo, hasta con vigilantes que visitaban cada casa para asegurarse que les infectadxs cumplieran la cuarentena y con duras penas de no hacerlo. Pero todo el mundo se debate por las apps de control: Noruega tiene su *Smittesopp*, Francia la *StopCovid*, o la *Appcontrol* de Argentina; también *Apple* y *Google* que se han aliado para crear una app que permita identificar si se ha entrado en contacto con alguien que tenga Covid-19, al igual que la propuesta de la Unión Europea de la *App Covid-Warn-app*. Tecnologías que nacen en la pandemia, e información que quedará para “siempre” al servicio del Estado, el gobierno, las empresas, etc.

¿Está bien? ¿Está mal? De nuevo, eso no es la cuestión. Sí lo es, el pretender el observar el atravesamiento de las tecnologías de poder sobre nuestros cuerpos y su incidencia en cómo miramos al mundo, qué permitimos y que no ante el miedo, cómo se modulan/moldean nuestras subjetividades ante aquel miedo que nos bombardea 24/7 en cada pantalla, cada charla, cada noticia. Dice Deleuze (1991):

Félix Guattari imaginaba una ciudad en la que cada uno podía salir de su departamento, su calle, su barrio, gracias a su tarjeta electrónica (dividual) que abría tal o cual barrera; pero también la tarjeta podía no ser aceptada tal día, o entre determinadas horas: lo que importa no es la barrera, sino el ordenador que señala la posición de cada uno, lícita o ilícita, y opera una modulación universal (p.4).

Por otro lado, si bien Preciado nos habla del nuevo paradigma de la farmacopornografía en donde evalúa las técnicas de subjetización en el contexto de la sexopolítica (Preciado, 2008) podemos extrapolarlo y conjugarlo con las comprensiones de las sociedades de control para comprender la punción de las tecnologías sobre nuestra vida en la pandemia.

Como dije antes, el poder penetra por nuestros ojos a través de las pantallas, de los líquidos, los sueros, las pastillas y no penetra para dominarnos (entendido en términos tradicionales¹⁹), sino más bien para seguir produciendo subjetividades.

Hoy lx nuevx “sujetx pandémicx” que emerge está atravesadx por un enorme bombardeo de estímulos que le impactan y atraviesan su forma de concebir la pandemia, el encierro, las relaciones y el mundo; produciéndose una cuasi desidentificación de quienes solíamos ser.

19 Debe quedar claro que la concepción de dominación en término de la genealogía de poder Foucaultiana no se configura bajo la idea de opresión.

La des-identificación, retomando a Preciado (2003), es una estrategia *queer* que consiste en “despegarse” de los significados de las identidades esencialistas para encarnar y enunciar públicamente otras que la disputen. Claramente traído a nuestro presente más que verlo como una estrategia para una política *queer*, se nos presenta como una especie de proceso obligado, al vernos desafectadxs y aisladxs de los grupos que nos acompañan, las actividades que nos forman, los placeres compartidos/colectivos que nos politizan, para habitar el encierro desde un nuevo lugar que se dificulta encontrar.

PROBLEMAS Y (POSIBLES) SOLUCIONES A LA VISTA

Uno de los problemas que han ascendido en este tiempo se deben a la potenciación de retórica individualista y neoliberal invadiendo el discurso público a la hora de plantear una alternativa de cómo atravesar la pandemia.

Mezclada con el miedo, ha servido de fisura para que penetren los discursos de odio buscando chivos expiatorios como causa de la propagación del virus. Hemos visto el ataque racista hacia quienes proceden de países orientales, y también a quien de una ciudad a otra “trasladaba” el virus acusándosele de irresponsable.

El nuevo sujeto pandémico (que describo aquí y no es exhaustivo ni excluyente) puede tener la cara de lx contagiadx quien al estar en un estado de vulnerabilidad (entendido en términos de dolor) genera empatía. Pero también está lx sujetx pandémicx transgresorx quien rompe las leyes y el aislamiento poniendo en riesgo al colectivo. Sujetx individualizadx y detectable.

Aquí se produce una inversión de la conjugación perversión/peligro que plantea Foucault en *Los Anormales* (2000) en lugar de ser perverso quien se desvía de la norma psiquiátrica y peligroso quien se desvía de la norma jurídica, aquí le “sujetx pandémico” infectadx y transgresorx es peligroso en términos sanitarios y perverso en términos jurídicos en tanto se corre de la normativa generando una “amenaza”.

El problema acá es que se pierden de vista la interseccionalidad a la hora de avistar y entender el problema. Se apela al discurso del bienestar colectivo como si el aislamiento no produjera instancias de subjetivación diversas que profundizan la precariedad (Butler, 2017), y que agravan la misma.

En *Marcos de Guerra* (2010) Butler nos dice que:

Ser un cuerpo es estar expuesto a un modelado y a una forma de carácter social, y eso es lo que hace que la ontología del cuerpo sea una ontología social... [es esta sociabilidad lo] que hace posible el persistir y prosperar del cuerpo. (p.15, 16)

Este depender de otrxs es lo que, según la tesis de Butler nos vuelve precarixs a todxs dado que no podemos vivir en soledad. “La precariedad...expone nuestra sociabilidad, las dimensiones frágiles y necesarias de nuestra interdependencia” (Butler, 2017, p.122).

La “precariedad”, será entonces la distribución desigual de los dispositivos que hacen posible la vida. Es, parafraseando a Butler, la falta de redes, de apoyos sociales, estatales, políticos, económicos que se traducen en muerte, discriminación, violencia, daños, y hasta ininteligibilidad de los cuerpos tras su no reconocimiento (Butler, 2010, p.46).

La salida que plantea la autora en *Marcos de Guerra* (2010) es la ética de la cohabitación, que podríamos describir como una obligación ética, preexistente, y no elegida que tenemos como seres humanos ante la vulnerabilidad del otro. “Y nunca podremos comprender la cohabitación si no entendemos que cuando existe una precariedad generalizada, estamos obligados a oponernos al genocidio y a apoyar la vida en términos igualitarios” (Butler, 2017, p.122). Es decir, la distribución desigual de los dispositivos que hacen posible la vida, que se agravan en la situación actual de pandemia, provocan un genocidio sobre les excludxs y marginadxs, por la pandemia, por el racismo, por la violencia, la homofobia, lesbofobia, transfobia, el clasismo, etc.

Todxs acudimos al llamado por el bienestar colectivo cuando este implica estar encerradxs, pero parece que la noción de empatía colectiva se desdibuja cuando vemos a alguien salir a la calle sin saber por qué. Siendo que tal vez sea producto de la desesperación ante la falta de trabajo, de comida o

como intento de escapar al encierro mental²⁰.

Se les ve como quienes atentan al bienestar colectivo, y aquí hablo tanto de Estado represor cuyas manos son las de la policía como de aquellxs para quienes el escrache se ha convertido en la política de entretenimiento del encierro, atestando las redes sociales de videos, denuncias y persecución. En lugar de, al revés, buscar cómo desde lo colectivo se podría cooperar para subsanar esto.

Preciado nos dice que “el cuerpo no es un dato pasivo sobre el cual actúa el biopoder, sino más bien la potencia misma que hace posible la incorporación protésica de los géneros. La sexopolítica no es sólo un lugar de poder, sino sobre todo el espacio de una creación” (2003, p.160). Traslademos ahora esa potencia de las multitudes *queer*, para pensar los dispositivos de escape y fuga que nos ofrecen para transformar la pasividad y el encierro controlador en acción política colectiva.

En este mundo actual penetrado por el poder que recorre ya hasta los flujos de nuestro cuerpo, la micropolítica se vuelve proyecto fundamental. Me refiero a la apuesta por la conciencia individual inmersa y subjetivada por lo colectivo, a que la vulnerabilidad sirva de potencia en un mundo colapsado de fragilidad, para encontrar esperanza en los pequeños actos que emanan de la solidaridad hacia otrxs, por medio de una política del cuidado y economía de los afectos. Y cuando digo otrxs me refiero a seres humanos, no humanos y al medio natural que nos rodea.

Responder al llamado de la precari/e/dad²¹ desde la empatía es escuchar ese llamado para predicar y obrar por cambios. Hoy ese llamado implica aprender a responder a los sectores vulnerables (o vulnerados) por la pandemia per se (en términos sanitarios), pero también por todo lo que como ficha de dominó cae siendo afectado por la misma.

La solidaridad colectiva no puede traducirse, únicamente, en hacer el esfuerzo de quedarnos en casa cuando sabemos que afuera (y adentro también de las mismas) la pandemia es un dispositivo de poder que enciende y agrava aún más las consecuencias producidas por la distribución desigual de los dispositivos que hacen posible la vida.

BIBLIOGRAFÍA

BBC Mundo (20 de abril de 2020). “Coronavirus en China: cómo funciona el sofisticado y polémico sistema de vigilancia para controlar la pandemia”. *BBC News*. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-52361034>

Butler, J. (2010). *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*. México: Editorial Paidós.

Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Barcelona: Editorial Paidós.

Deleuze, G. (1991). Posdata sobre las sociedades de control. En Christian Ferrer (Comp.) *El lenguaje literario* (1991), Tº 2. Montevideo: Ed. Nordan.

Foucault, M. (2007). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

²⁰ Descarto de este sujetx pandémicx descrito, a quienes deciden por la individualidad y el proyecto neoliberal irresponsable ante el cuidado de les demás.

²¹ Retomo esto de Malena Nijensohn, Licenciada en Filosofía y Doctora de Filosofía especializada en Género (CONICET-UBA) quien como docente ha aportado esa conceptualización del término precari/e/dad para denotar la conjugación de los conceptos “precariedad” y “precaridad” de Judith Butler que no pueden pensarse por separado. Cátedra: Genealogía de la moral hetero-cis-patriarcal, Maestría en Estudios y Políticas de Género, UNTREF.

Foucault, M. (2014). *Historia de la Sexualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Preciado, P. (2002). Multitudes Queer. Notas para una política de los anormales. *Revista Multitudes* (2003), (12). París.

Preciado, P. (2008). *Testo Yonqui*. España: Editorial Espasa Calpe S.A.

Rodríguez, P.A (2008). ¿Qué son las sociedades de control?. Recuperado de <http://www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/21.-Qu%C3%A9-son-las-sociedades-de-control.pdf>